



OBRAS BREVES DE JACQUES MARITAIN



028-03

ACCIÓN CATÓLICA Y ACCIÓN POLÍTICA

Jacques Maritain

Este estudio corresponde a una conferencia dictada en Buenos Aires en 1936. Fue incorporado como capítulo tercero del libro 'Cuestiones de Conciencia', de 1938. Ha sido transcrito del libro 'Acción Católica y Acción Política', publicado en Argentina en 1939.

I

La conciencia católica está hoy fuertemente preocupada por problemas que conciernen a lo que puede llamarse la *"estructura de la acción"*, y que no pueden tratarse sin entrar en distinciones tanto más ingratas y tanto más necesarias cuanto más complejas y más fuentes son las realidades a que se refieren. La Edad Media estuvo llena de discusiones sobre las dos espadas, sobre la autoridad espiritual y la autoridad temporal, el poder indirecto y la jurisdicción ocasional de la iglesia sobre la ciudad. El historiador se fatiga siguiendo los meandros de esas discusiones. En condiciones muy diferentes y con respecto a problemas completamente renovados, se nos imponen hoy discusiones análogas. Hay que introducir discriminaciones inteligibles y líneas de demarcación a veces sutiles en una materia como es la de la acción, tan sensible y tan compleja. Si se descuidan diferencias esenciales de finalidad y de objeto, nos anticipamos a grandes ruinas, pues el hombre siempre es castigado cuando descuida las leyes de las esencias.

En nuestro libro 'Humanismo Integral' (HI) hemos mostrado la diversidad de órdenes y de planos que debe necesariamente comportar la acción terrenal del cristiano, teniendo en cuenta la distinción evangélica entre las cosas que son del César y las cosas que son de Dios. Recordemos brevemente que, en definitiva, y para quien considere las cosas con atención, las actividades del cristiano se desarrollan sobre tres planos: el plano espiritual, el temporal y un plano intermedio en que lo espiritual se une a lo temporal con el fin: 1° de aclarar y ayudar, por lo temporal la misma obra temporal; y 2° de salvar en ésta, para lo espiritual, los objetos propios de este orden. Habiendo conexión entre lo espiritual y lo temporal, con sobrevalencia de lo primero, puede mencionarse aparte este tercer plano, con las dos funciones principales que en él comporta la actividad del cristiano. Pero no es realmente otra cosa que el mismo plano espiritual considerado en algunas de sus atribuciones y en la integridad de su extensión.

En el primer plano de actividad, el hombre actúa como miembro del cuerpo místico de Cristo y empeñado en los asuntos de Dios; en el segundo, como miembro de la ciudad terrestre y empeñado en los asuntos de la vida terrestre.

Estos dos órdenes son distintos pero no están separados. Si la gracia se apodera de nosotros y nos rehace desde el fondo del ser, es para que nuestra acción entera sienta su influjo y se ilumine. Pero aquí, en el plano temporal, nuestra acción, si es lo que debe ser, será una acción cristianamente inspirada, y sin embargo, no se presentará como específicamente cristiana, sino como formalmente determinada por tal o cual objeto temporal y tal o cual especificación temporal (acción política, nacional, cultural, etc., de inspiración cristiana).

En el plano espiritual, en cambio, no será solamente de inspiración cristiana, sino que se presentará también, en la medida misma en que tenga por objeto la expansión del reino de Dios sobre las almas, como específicamente cristiana (apostolado cristiano). Y ocurrirá lo mismo en el tercer plano, en el plano de lo espiritual considerado en su conexión con lo temporal, sea que la acción del cristiano dependa todavía del apostolado, pero como si tocase las cosas de la tierra, es decir, sea que se ocupe de infundir en la vida temporal la savia evangélica y de promover esa sabiduría teológica aplicada a las realidades humanas que, sin que baste para reglamentar por sí sola lo concreto político, económico y social, constituye a su respecto como un firmamento doctrinal, o sea que intervenga en

la política, cuando la política afecta al altar y pone en riesgo los intereses eternos. La labor de la acción católica se cumple toda sobre el primero y el tercer plano; la de la acción política sobre el segundo.

II

Sobre la Acción católica, explicando su naturaleza de acuerdo con los documentos pontificios, se han escrito obras excelentes, y a ellas remitimos el lector. Aquí no hablamos tanto de la Acción Católica como nombre propio, que designa a una institución de la Iglesia, sino de la acción católica como nombre común, que designa una cierta tarea y un cierto trabajo que la Acción Católica (con mayúsculas) tiene por objeto organizar; y esta tarea, este trabajo, la acción católica (con minúsculas), no es una cosa nueva en la Iglesia, ha existido siempre; tampoco la palabra es nueva; lo que es nuevo es el uso que se ha hecho de ella en los documentos pontificios, primero por Pío X, y luego por Pío XI, quien la consagró; como nuevas fueron la insistencia con que Pío XI aclaró la noción de acción católica y precisó y explicó su sentido y sus aplicaciones, y la importancia central, esencial, que otorga a la acción católica, la voluntad que afirma de desarrollarla en todas partes y la solicitud, con que vela por ella. ¿No ha dicho que le era tan querida como la niña de sus ojos?

¿No ha escrito que *“es lo más querido y precioso que tienen notoriamente la Iglesia y su Jefe”*? Es él quien ha dado, y con una solemnidad particular, la definición, hecha clásica, de la acción católica: participación del laicado en el apostolado jerárquico; y también: *“La acción católica, en suma, no es otra cosa que el apostolado de los fieles que, bajo la dirección de los obispos, se ponen al servicio de la Iglesia y la ayudan a cumplir íntegramente su ministerio pastoral”*.

Todas estas expresiones deben ser retenidas y pesadas con cuidado. Muestran hasta qué punto, en el pensamiento del Papa, la acción católica es cosa de Iglesia y tiene las mismas finalidades que el propio ministerio pastoral de la Iglesia: los laicos son llamados a ayudar a la Iglesia a cumplir íntegramente su ministerio pastoral, son llamados al apostolado, al mismo apostolado cuyo ejercicio confió Cristo a los Doce y a sus sucesores; y he aquí que reciben explícitamente misión para eso. Ahora, y como correspondiendo a este llamado de Dios en el fondo de

nuestros corazones, debemos meditar sobre el llamamiento a la acción, a la acción apostólica, que la Iglesia dirige a todos sus fieles. El problema, para estos últimos, es que el espíritu responda a la misión.

Acción católica, participación de los laicos en el apostolado de la Iglesia; se ven inmediatamente dos cosas: en primer lugar, que donde no hay acción, acción sobre el mundo, no hay acción católica; por ello ni los estados de vida exclusivamente contemplativa, por inmensa que sea su importancia en la vida de la Iglesia, ni las obras de pura piedad o de pura edificación personal, o de pura cultura científica, cuya finalidad se detendría en el intelecto, entran en el concepto de la acción católica. En segundo lugar, donde esta acción sobre el mundo no está ordenada de suyo a fines apostólicos comprendidos en el *“ministerio pastoral de la Iglesia”* en su integridad, es decir, no tiene por fin directo la expansión del reino de Dios, no hay tampoco acción católica; hay, sin duda, acción de católicos, no acción católica como tal; por ello las obras económicas o profesionales - cooperativas, mutualidades, sindicatos, etc. - por cristianamente inspirados que puedan estar, no entran tampoco en el concepto de la acción católica; como no entran las obras de ayuda y asistencia social, ni las obras de educación física o de sport, aunque sean de iniciativa e inspiración católicas; ni las obras políticas, aunque estén cristianamente inspiradas.

En compensación, tan extenso, tan amplio como es el concepto de apostolado, de ministerio pastoral de la Iglesia, de actividad empeñada de suyo en la expansión del Reino de Dios, así es de extenso y amplio el concepto de acción católica. Una madre que enseña el catecismo a sus hijos hace acción católica, y muy buena. Los hombres que se dedican a un trabajo de educación y de formación doctrinal, cuando este trabajo se mantiene no en el grado de la ciencia que es sólo ciencia y se detiene en el intelecto, sino en el de la ciencia que es también sabiduría (es decir, sabiduría íntegramente considerada, con sus valores más elevados) hacen acción católica, porque la sabiduría cristiana no es meramente especulativa, sino también práctica y pide pasar a la voluntad por el amor; y cuando anima desde arriba todo el organismo con las virtudes de la inteligencia, las orienta hacia el amor y hacia la difusión de la verdad y la vida en las almas. Las obras cuyo objeto es hacer penetrar la vida cristiana y el espíritu cristiano en la existencia profana y secular, en la existencia social y en las actividades sociales en particular, son obras de acción católica, y a título tan eminente, que hoy parecerían ser las obras de acción católica por excelencia.

Como lo decíamos hace un momento, la acción católica se cumple sobre el primer plano y sobre el tercer plano de la acción del cristiano – sobre el plano de lo espiritual puro y sobre el plano de lo espiritual que se une a lo temporal en nombre de los valores espirituales –, sobre estos dos planos solamente, porque es, por definición, una acción apostólica.

III

Consideremos ahora lo que podría llamarse el dinamismo interno de la acción católica; haré desde este punto de vista cinco observaciones.

1. La acción católica supone la contemplación; sólo bajo esta condición es católica. ¿Qué dice Santo Tomás del apostolado y de la predicación evangélica? Que son obras que derivan de suyo de la contemplación, y que exigen, por su naturaleza, provenir de la sobreabundancia de la contemplación. ¿Y qué es la acción católica, por definición, sino una acción apostólica? La conclusión es clara. Participar en el apostolado de la Iglesia es participar, ante todo, en su contemplación. Los cristianos traicionarían a la acción católica si no se dispusieran a ella por la oración, y si no pidieran a Aquél sin el que no podemos hacer nada, que la hiciera derivar en ellos de la contemplación; no digo de la contemplación en sus formas típicas y sublimes, sino al menos de la contemplación disfrazada que se encuentra a menudo, sin que lo sepan ellas mismas, en las almas fieles a la gracia. ¿Puede un hombre dar sin haber recibido de antemano? ¿Qué pretensión sería la de dar cuando uno mismo está vacío? Es de notar que, en todas partes donde se ha establecido según su espíritu auténtico, la acción católica ha comenzado por devolver las almas hacia la vida interior, hacia el trabajo primordial de formación personal, intelectual y moral, a la conciencia de la importancia primaria de la espiritualidad, de la vida de unión con Dios y de las vías normales que a ella conducen (vida sacramental y litúrgica, cultura teológica, tiempo consagrado regularmente a la meditación y a la oración). Es cosa muy significativa que la primera iniciativa de lo que se llama acción católica haya sido así – precisamente porque esta acción es católica – una incitación a la contemplación.

A propósito del llamamiento a la acción católica, dirigido por la Iglesia a los laicos, señalábamos más arriba que el gran problema, como siempre en estos

casos, estaba en que el espíritu respondiera a la misión. ¿Cómo al meditar en eso los laicos no encararían con algún temor la responsabilidad con que así se los carga? Cuando la misión es una misión apostólica, ¿el espíritu de la misión no es el mismo Espíritu que desde Pentecostés asiste especialmente a la Iglesia de Cristo? He aquí a qué espíritu pertenecen los que militan en la acción católica. El espíritu a que pertenecen es la Persona misma del Amor que procede del Padre y del Hijo.

Este espíritu es el que exige de ellos que se vuelvan ante todo hacia la sabiduría y la contemplación. Ese espíritu es por definición un espíritu evangélico. No pide que se adiestren tropas para ejecutar consignas a voz de mando, haciendo abstracción o abnegación del “hombre interior” y de su conciencia para obrar, hablar, escribir o votar como lo prescribe el diario del partido; pide que se preparen personas humanas para comprender en lo íntimo de su conciencia la palabra de la Iglesia misma y para discernir su sentido. Ese espíritu no pide que los “buenos” invoquen el fuego del cielo contra los “malos” ni que profesen que la verdadera prueba del amor de Dios es estar prontos a matar por Él sino a morir por Él. Pide que los siervos inútiles se acuerden de su Maestro, que después de enseñar que el mayor amor es dar la vida por los amigos, quiso morir también por sus enemigos, para que fuesen sus amigos, porque los amaba.

Los teólogos enseñan que las Personas divinas son enviadas a las almas cada vez que éstas pasan a una nueva etapa en el progreso del amor. Si los fieles son llamados por la Iglesia a la acción apostólica, les es preciso implorar que una pentecostés de caridad se produzca invisiblemente en sus corazones.

Estas reflexiones ayudan a comprender ciertas conveniencias singularmente bellas. El Papa de la acción católica declaraba recientemente: *“La predicación de la verdad no hizo hacer muchas conquistas a Cristo; lo condujo a la cruz. Fue por la caridad por lo que ganó las almas y las arrastró a su zaga. No hay para nosotros otro medio de ganarlas... Considerad especialmente este punto. ¡Oh! yo sé que hacéis ya, con vuestros fieles, mucho a este respecto, pero es preciso hacer más todavía y llegar hasta el sacrificio. No habéis olvidado a San Ambrosio, pidiendo que se vendieran hasta los vasos sagrados para ir en ayuda de la miseria humana”* (Declaración a los obispos franceses, 1937)

Pero, volviendo al tema primitivo de estas observaciones, quisiera todavía señalar una cosa. Si según la doctrina de Santo Tomás que hemos recordado,

la acción apostólica, por su naturaleza, tiende a desbordar de la plenitud de la contemplación, se infiere que esta acción será tanto más eficaz cuanto más sea una sobreabundancia. Lo que gana más las almas no es una acción que se proponga ganar las almas, sino una acción que, proponiéndose solamente el testimonio de la verdad, testimonie por ella con la plena y desbordante medida del amor.

Aquí habría quizá oportunidad de encontrar la justa distinción entre el proselitismo, que se definiría como una actividad de conquista espiritual a modo de operación sobre un paciente (*actio transiens*), y el verdadero apostolado, que se definiría como un servicio de las almas y un despertar de las almas a la verdad, por la sobreabundancia de la actividad interna (*actio immanens*) de unión a la verdad. Aquí la forma animadora es el amor; allá, un instinto imperialista sublimado.

2. Nuestra segunda observación es la siguiente: nos parece que el advenimiento de la acción católica marca el fin del separatismo y del dualismo que han reinado por demasiado tiempo en el mundo cristiano. Demasiado tiempo, en el curso de la edad moderna, el mundo cristiano ha obedecido a dos ritmos opuestos, un ritmo cristiano para las cosas del culto y de la religión y, al menos entre los mejores, para las cosas de la vida interior; y un ritmo naturalista para las cosas de la vida profana, social, económica y política, abandonadas a su propia ley carnal. Hoy, por lo menos para los cristianos que tienen oídos para oír, ese dualismo ha terminado; llega una edad en que será restablecida la unidad orgánica y vital de todo lo que había sido inhumanamente dissociado. Y de esto es un signo precioso la acción católica, en sí mismo eficaz.

Si los laicos han sido movilizados para el apostolado, esto prueba que el mundo y la existencia profana deben ser penetrados y vivificados hasta el fondo por la savia cristiana, y que las cosas de Dios deben alcanzar al hombre en toda su realidad, temporal como espiritual, social como individual. Y precisamente porque el hombre real se encuentra normalmente enrolado en comunidades y amistades determinadas por su género de vida y su trabajo, es en el seno de esas comunidades y de esas amistades donde el apostolado cristiano debe alcanzarlo para ayudarlo a transfigurar su vida: he aquí por qué la acción católica, sin limitarse por esto a ese género de apostolado, ha elegido preferentemente en muchos países – y parece ser éste su modo más típico – una forma que se puede llamar comunalista y que responde a lo que se llama también, en un estilo un

poco administrativo, los movimientos especializados: pues el oficio, el género de trabajo, la clase, constituyen el medio normal en cuyo seno el hombre puede actuar sobre el hombre.

“Los primeros apóstoles, los apóstoles inmediatos de los obreros serán obreros, escribía Pío XI; los apóstoles del mundo industrial y comercial serán industriales y comerciantes” (Encíclica Quadragesimo anno).

El ejemplo más significativo de un tal renacimiento apostólico es el vasto movimiento nacido en Bélgica y extendido de allí a Francia y a otros países, de la Juventud Obrera Cristiana. El abate Cardijn, su fundador, es él mismo hijo de obrero, ha sido testigo, en su propia familia, de las condiciones trágicas en que vive el proletariado industrial, ha hecho promesa de dar su vida a la clase obrera y ha cumplido su palabra: sabido es que el Jocismo agrupa actualmente a centenares de miles de jóvenes obreros, que llevan el testimonio de Cristo a la fábrica y al taller, por su vida personal y su ejemplo, como también por su esfuerzo para obtener más respeto por la dignidad humana en el trabajo, más respeto por la mujer y el joven aprendiz, más humanidad y justicia en las condiciones de trabajo.

3. Así la acción católica no se queda en lo puramente espiritual; de suyo tiende a pasar a lo social. En todos los países donde no sufre coerción, la acción social cristiana es su modo de acción por excelencia. Pío X lo había declarado en la encíclica “Il fermo proposito” : *“El objeto a cuyo alrededor debe desplegarse principalmente la acción católica es la solución práctica de la cuestión social según los principios cristianos”*.

¿En qué sentido es así? En un sentido muy preciso: en el sentido en que la acción social interesa al tercer plano de acción que hemos distinguido al comienzo, el plano de lo espiritual que se une a lo temporal, en el sentido en que la acción social interesa al apostolado y a la integridad del ministerio pastoral de la Iglesia, y da testimonio de Cristo y del Reino de Dios en la vida social; dicho de otro modo, en razón de los valores espirituales y apostólicos investidos en la acción social, a cuyos solos valores está la acción católica directamente ordenada. No olvidemos que lo social, lo económico, lo político son intrínsecamente dependientes de la ética, y que a este título, bajo esta razón formal, lo social, lo político y lo económico interesan a la vida eterna y por consiguiente, al ministerio pastoral de la Iglesia.

El problema de la miseria, por ejemplo, es ciertamente un problema temporal; pero es también un problema de vida eterna. Santo Tomás enseña, y es evidente, que un cierto mínimo de bienestar es necesario para el desarrollo de la vida propiamente humana y de las virtudes; la miseria, lo han dicho elocuentemente Lean Bloy y Charles Péguy, es cosa muy distinta de la pobreza, es un infierno terrestre, separa al hombre de la comunión de los vivos, lo desespera; el problema de la miseria es un problema de vida eterna para el que sufre miseria y, tratado como un condenado, respira la condenación y corre el mayor riesgo de volverse contra Dios (y Dios es bastante misericordioso para querer salvarlo, no obstante); y es un problema de vida eterna para el que contempla la miseria de los otros con el corazón indiferente, y a veces para aprovecharla (y para que éste se salve, será preciso una misericordia y una penitencia cien veces mayor).

Mientras las sociedades modernas segreguen la miseria como un producto normal de su funcionamiento, no debe haber reposo en ellas para el cristiano.

Pues bien, en el orden especulativo, la Iglesia ha establecido un firmamento doctrinal de principios y de verdades que dominan toda la materia social y económica. Este firmamento doctrinal aclara desde arriba las realidades temporales; y esto para el bien de lo temporal mismo, pero en virtud de la sobreabundancia propia de lo espiritual derramándose sobre lo temporal, y porque al tender hacia su objeto propio, que es la vida eterna, la sabiduría de la Iglesia está atenta al bien de la civilización, fin último *secundum quid* ordenado al fin pura y simplemente último.

Prácticamente da a sus fieles la misión de entrar en su propio ministerio pastoral para llevar a la vida social y al tratamiento de los problemas sociales, por la acción católica, el testimonio de Cristo y el celo apostólico por la salvación de las almas y la extensión del Reino de Dios: lo espiritual ayuda así para lo temporal la obra temporal misma, en virtud de la sobreabundancia de que acabamos de hablar y teniendo siempre como objeto propio las cosas de la vida eterna.

Lo que es asunto propio y directo de la acción católica no es resolver el problema social, sino hacer penetrar en las cosas sociales, la inspiración vivificante del Reino de Dios y su justicia; y será por añadidura (lo digo con respecto a la acción católica, sin perjuicio de las otras acciones ordenadas de suyo hacia las cosas terrestres) como llegará, si llega, la solución del problema social.

Demasiado tiempo se ha debido obligadamente señalar, como lo decíamos hace unos años, la aterradora inatención de los católicos por las enseñanzas y las exhortaciones de León XIII y sus sucesores. La acción católica tiene por misión hacerla cesar. En la misma medida contribuirá a hacer cesar lo que Pío XI, en una entrevista con el abate Cardijn, llamaba el gran escándalo del siglo XIX, o sea el hecho de que la clase obrera hubiera ido a buscar su camino lejos del rebaño de Cristo, el hecho de que los pobres (porque al fin, más allá de la palabra clase y las clasificaciones ético-sociales, y en el fondo de estas clasificaciones, la distinción evangélica entre pobres y ricos, entre los que poseen y los que no poseen, es la que toca lo más vivo de la realidad humana), ese hecho de que los pobres hayan creído que estaban de más en el rebaño. Esas cosas no se reparan en un día. Ese escándalo tiene una importancia histórica incomparablemente más grande que todas las cuestiones de régimen político, de parlamentarismo y antiparlamentarismo, de golpe de mano y de dictadura, que preocupan hoy a tantos espíritus; no deberíamos perderla de vista un solo instante. Es natural que la pobreza espere en Dios, porque no tiene más que a Él como esperanza. ¿y de quién, sino de Él de los que creen en Él pensarían los humillados y ofendidos que pueden esperar lo que el hombre necesita tanto para existir: sentirse respetado en su ser? ¿Quién respeta mejor a la criatura sino el Creador? Este respeto, los pobres lo esperan sobre todo de quienes se dicen amigos de Dios. Cuando veamos el odio a Dios en ciertos corazones, preguntémosnos qué resentimientos y qué amarguras, qué humillaciones acumuladas, quizás, durante generaciones, han abierto en el alma esa llaga, y preguntémosnos, nosotros que creemos en la Comunión de los Santos, en la reversibilidad universal, si estamos seguros de ser por nuestra parte inocentes de esa llaga. Y por lo pronto, y sobre todo, hagamos lo posible para no agravarla.

4. Por lo mismo que marca el fin del separatismo y del dualismo, la acción católica marca el fin de esa especie de mentira en acto que hace creer a tanta gente, y a veces hasta a cristianos, que el cristianismo tiene afinidad con ciertas modalidades sociales que son cualquier cosa menos cristianas. Diré esto: Cuando el separatismo y el dualismo reinan entre los cristianos, hay toda una porción de su vida y de su actividad, sobre todo quizá en el dominio social, que no depende del cristianismo ni está animada por éste; ¿y de qué depende entonces, sino (a veces hasta en almas individualmente buenas) de reflejos y prejuicios sociológicos inconscientes y no controlados, orgullo o egoísmo de raza, de clase, de familia, o de esa simple dureza y aspereza natural, que sólo puede disolver una caridad

vigilante?, ¿o de reservas secretas en las que el hombre viejo, rechazado, concentra y disimula con un celo farisaico su feroz instinto de conservación?

Pero como estas modalidades se encuentran de hecho entre cristianos, tanto más aplicados con frecuencia a la decoración exterior del cristianismo cuanto menos penetra éste en sus existencias, ¿cómo el mundo no responsabilizaría al cristianismo y no lo creería enfeudado a todo un orden de cosas injustas y malas al que ve adheridos a tantos cristianos? El separatismo engendra así la peor confusión.

Al hacer cesar el separatismo, la acción católica hará cesar la confusión. Por el solo hecho de que tiende a vivificar con savia cristiana y apostólica toda la vida y la acción, y especialmente la acción social del cristiano, hará imposibles las modalidades de que hablo. Hará imposibles, terminará por hacer imposibles en el cristiano los odios y el desprecio de raza y los odios y el desprecio de clase. Hará imposibles, terminará por hacer imposibles en él esa especie de aceptación previa, y ese fácil desprecio de todos los esfuerzos por instaurar la paz entre las naciones, que se encuentra en ciertos espíritus que se creen fuertes y que se imaginan ser discípulos de Joseph de Maistre, pero que no han leído nunca las encíclicas de Benedicto XV. Hará imposibles, terminará por hacer imposibles en nosotros la creencia en la eficacia del odio, el culto de la violencia, el desprecio por todo lo que se asemeja a un poco de esperanza en la fuerza de la buena voluntad, del amor y de la verdad.

Sin embargo, los sentimientos generosos no bastan. Si, en materia humana (me refiero al nivel de lo concreto), es imposible ver la verdad si uno no comienza por “*obrarla*” (S. Juan 3, 21), o dicho de otro modo, sin el amor, recíprocamente, el amor más sincero está en peligro de no hacer nada bueno, o de hacer mucho mal, si no pasa por el verbo y por la verdad.

Una tarea enorme y difícil se impone aquí a la inteligencia cristiana. Creemos que los siglos modernos han buscado muchas cosas buenas por malos caminos; no hay que renegar de esas cosas buenas porque los caminos no valían nada, ni demostrar indulgencia por los malos caminos porque eran buenas las cosas hacia las que nos imaginábamos que conducían. El esfuerzo hacia la justicia social, hacia la paz internacional, hacia las realizaciones políticas y económicas de esa libertad a la que aspira la persona, se ha encontrado ligado de hecho a los errores del liberalismo individualista, a la creencia en la Bondad *per essentiam* de la naturaleza

humana y en el Progreso fatal, a la idea de que el Número es la fuente de la ley y del derecho, a los mitos rousseauistas y a los mitos socialistas.

Hay que libertarlo de esos mitos y de esos errores. Demasiado cierto es que los cristianos se encuentran hoy, en el orden social-temporal, ante problemas análogos a los que sus padres habían encontrado, en los siglos XVI y XVII, en el orden de la filosofía natural. En esa época, la física y la astronomía modernas, en trance de nacer, hacían un bloque con filosofías erróneas, alzadas contra la tradición. Los defensores de ésta no supieron hacer los discernimientos necesarios; tomaron partido contra lo que iba a ser la ciencia moderna, al mismo tiempo que contra los errores filosóficos que la parasitaban en su origen. Se han necesitado tres siglos para salir de ese malentendido, si es cierto que el mundo ha salido de él. No se nos exige recomenzar hoy, en el dominio de la filosofía práctica y social, con faltas semejantes. Creemos, por nuestra parte, que la crítica del liberalismo debe conducir a una doctrina de la ciudad pluralista, la crítica de la democracia según Rousseau a una doctrina de la democracia orgánica y personalista, la crítica del humanismo antropocéntrico y del socialismo a una doctrina del humanismo integral.

Hay que rehacer toda la antropología. Los que trabajen en el plano temporal inspirándose en principios cristianos podrán también estar en estado de oponer *“doctrina a doctrina, ideal a ideal”*, lo que Jaurés, en tiempos de los debates sobre la ley de separación, reprochaba altivamente a los diputados católicos no haber sabido hacer.

No creemos que dicho trabajo filosófico y cultural pueda ser clasificado en la categoría de la acción católica tal como ha sido definida por Pío XI; debe cumplirse, en efecto, en el seno de las particularidades históricas del orden profano y temporal y bajo luces profanas; interesa a lo que hemos llamado el segundo plano de las actividades del cristiano. Pero creemos que por sus raíces, por la sabiduría teológica de que depende y por sus principios superiores, que se nutren en la doctrina común de la Iglesia, se vincula a una de las funciones típicas de la acción católica, haciendo irradiar en los espíritus ese firmamento doctrinario de que hablábamos más arriba.

5. Hemos dicho que la acción católica pide, de suyo, pasar a la acción social, en el sentido muy preciso en que la acción social interesa al apostolado y a la

integridad del ministerio pastoral de la Iglesia, y lleva el testimonio de Cristo y del Reino de Dios a la vida social; dicho de otro modo, en razón de los valores espirituales y apostólicos investidos en la acción social y a los cuales solamente la acción católica está directamente ordenada.

Importa esencialmente comprender que ésa es una cierta acción social, o una cierta zona superior de la actividad social: digamos, para usar de un vocablo más explícito y más preciso, que es la acción social cristiana o apostólica. Pero ella no cubre todo el dominio de la actividad social; lo social no es alcanzado sino en lo que interesa al tercer plano de acción reconocido por nosotros al comienzo de este estudio, el plano de lo espiritual que se une a lo temporal, en el que obramos en cuanto cristianos y como comisionados por la Iglesia.

Tomado en el sentido ordinario de la palabra, y en cuanto concierne al bien común de la ciudad terrestre y de la civilización, o dicho de otro modo, en razón de los valores temporales que corresponden a su orden propio, lo social interesa de suyo al segundo plano reconocido por nosotros, el plano de lo temporal, en el que actuamos como miembros de la ciudad terrestre y en el que debemos obrar cristianamente y bajo nuestra responsabilidad y nuestras iniciativas personales, a nuestro riesgo y peligro, pero no en cuanto cristianos o como comisionados por la Iglesia.

Aquí ya no se trata de apostolado, ya no se trata del ministerio pastoral de la Iglesia; se trata de la vida terrestre de los hombres, considerada desde el punto de vista de las leyes propias de esta vida y del bien terrestre al que está ordenada; se trata de los modos de realización por los cuales, según la filosofía de la cultura, de la sociedad y de la historia que nos hayamos hecho, y según las circunstancias particulares de la materia histórica sobre la que trabajamos, conviene que pasen a la existencia concreta los principios y las verdades superiores contenidos en la doctrina de la Iglesia sobre esta materia. ¿Qué posición tomaremos en los debates que interesan al sindicalismo y a la “comunidad de trabajo”?, ¿en los problemas de inflación, deflación o devaluación monetaria?, ¿en los problemas concretos que conciernen a la evolución de la economía moderna, el vínculo histórico entre el conflicto de las clases y el régimen capitalista, el acceso de la clase obrera a la propiedad?

Las connotaciones más formalmente temporales de la palabra social corresponden casi, en nuestras lenguas modernas, a lo que Aristóteles llamaba política. Digamos, pues, para caracterizar de una manera más explícita y precisa la acción social entendida en este sentido, acción social-temporal o acción social-política. Ella tiende directamente y de suyo, como a un efecto propio y proporcionado, hacia la solución de los problemas sociales.

Esta acción social-temporal o social-política no es de la incumbencia de la acción católica. En esta frontera la acción católica se detiene. No es competente para atravesarla, porque su fin propio y directo es apostólico, no profano y temporal. Ella ha formado, iluminado, preparado (y por esto se encuentra en relación vital con la acción de que tratamos). Ahora deja el campo libre a esta otra especie de acción.

Aquella prepara igualmente a los cristianos, por la formación espiritual y doctrinal que les da, para abordar como conviene – por lo menos a quienes tienen vocación para hacerlo – los estudios de ciencia y de filosofía política y los problemas de la acción política, y para que entren en esta acción. No suple por sí misma ni a estos estudios, ni a esta acción.

Como lo escribíamos en una obra anterior, *“si por la enseñanza que dispensa y la formación espiritual que procura, prepara a los laicos para actuar como cristianos, para que participen en las luchas temporales y participen en ellas como cristianos, para asumir el trabajo social y político a que se sientan llamados y lo asuman como cristianos, se abstiene con el mayor cuidado de poner sobre el segundo plano ni siquiera la sombra de un dedo. Y no es solamente porque la Iglesia no quiere a ningún precio verse enfeudada a las cosas temporales. Es porque también, con respecto al trabajo propio del segundo plano, con respecto a una obra que debe descender hasta las últimas realizaciones contingentes exigidas por el servicio del bien común, la competencia de una actividad de orden puramente espiritual encuentra pronto sus límites”* (HI).

Hay un juicio del catolicismo sobre las conexiones que el arte y la literatura mantienen con la ética y con las capacidades morales del término medio de los hombres; pero este juicio no basta para decirme lo que hay que pensar de los libros de Joyce o de los poemas de Rimbaud como obras de arte. Hay un juicio del catolicismo sobre el deber de trabajar por la paz internacional y sobre los principios de la justicia social; pero este juicio no basta para decirme lo que hay

que pensar sobre la ley de las 40 horas o el estatuto de la Sociedad de Naciones. A mí me corresponde juzgar como católico (y en cuanto sea posible con inteligencia católica, no con prejuicios católicos), pero sin pretender hablar en nombre del catolicismo, ni arrastrar en mi camino a los católicos como tales.

Comprendámoslo bien, no es necesario solamente porque la Iglesia no quiere estar enfeudada ni comprometida en las cosas temporales. Lo es también porque hay en juego diferencias vinculadas con la naturaleza de las cosas y que precisamente explican esta voluntad de la Iglesia. Y es porque, en definitiva, la integridad y la honestidad de la acción – de la acción espiritual sobre su plano espiritual, de la acción temporal sobre su plano temporal – se resienten por el desconocimiento de esas diferenciaciones” (HI).

El extremo cuidado con qué la Iglesia procura no contaminar, por poco que sea, la acción católica por la acción política, responde a la naturaleza de las cosas. Sería la ruina de una verdad evangélica fundamental, la ruina de la distinción entre las cosas que son del César y las que son de Dios, y por ende, inevitablemente, una catástrofe en el orden de los hechos, si la acción católica se enrolara (salvo cuando se trata de defender, en ciertos puntos precisos – muy superiores a los conflictos de los partidos y las fuerzas políticas – bienes específicamente morales y religiosos) en los asuntos del siglo y en las luchas políticas.

La excepción que acabamos de indicar se refiere al tercer plano de la actividad del cristiano considerado en una de sus funciones típicas mencionadas al comienzo de este estudio, es decir, el plano en que lo espiritual se une a lo temporal para salvar los objetos propios de lo espiritual; concierne a lo que podría llamarse en el sentido estricto de la palabra la acción “cívica” católica.

Debemos aquí insistir sobre esto: intervenir en las luchas políticas para defender los bienes espirituales, y en la estricta medida exigida por esta defensa no es lo mismo que trabajar en una obra propiamente política orientada por una concepción del bien común temporal que ha de procurarse. Para “hacer política” convenientemente, hay que saber discernir las realidades políticas, tener una idea concreta sobre los medios de asegurar el bien común de la ciudad terrestre. Para defender los intereses religiosos comprometidos en lo temporal, basta con saber discernir esos intereses religioso. Normalmente, por ende, la acción de que hablamos (y que interviniendo en los debates políticos desde fuera, no ofrece ninguna garantía

de competencia propiamente política) no defenderá mejor los intereses religiosos tratando de encontrar, en un campo político particular un instrumento de la religión, sino intimando a todos los campos políticos, cualesquiera que sean, a que respeten dichos intereses, si no quieren ser combatidos por la masa de los católicos; es decir, elevando por sobre la diversidad de las ideas políticas a las que un católico puede legítimamente adherirse, la idea de los valores religiosos y espirituales que hay que servir, y manteniendo así, bajo el solo ascendiente de las cosas de Dios, aún en materia política, el esfuerzo de los católicos en cuanto católicos. Siguiendo esta línea de reflexiones, se vería sin duda en qué difieren específicamente una concepción “clerical” y una concepción verdaderamente “eclesial” de la defensa política de los derechos y las libertades de la religión.

A decir verdad, nada pide ser comprendido más claramente, so pena de ser desnaturalizado, que las grandes verdades prácticas sobre las que tratamos de meditar, sin perder de vista las altas fórmulas y los soberanos ejemplos de la Iglesia, a cuyo juicio nuestras exégesis están humildemente sometidas. Las enseñanzas de la Iglesia proceden de una inteligencia superior y asistida por el Espíritu Santo, y admirablemente ejercitada en disecar, como una hoja bien acerada, la realidad según sus junturas y sus distinciones esenciales; en cambio, la gran masa de los hombres, que oyen hablar más o menos exactamente de esas enseñanzas (y un cierto número de los que se proponen aplicarlas más o menos apresuradamente) no se encuentra tan ejercitada en “*distinguir para unir*” – pues en general, el hombre sólo pide, al contrario, confundirlo todo para arruinarlo todo.

Toda gran idea es un poderoso explosivo que exige ser manejado con inteligencia. La idea de la acción católica, la idea de Cristo Rey son ideas de esta categoría. El espíritu del mundo, que las odia, como odia el Evangelio, no pide otra cosa que imaginar, en algún mal sueño, que la acción católica tiene por misión, si no el hacer política propiamente, por lo menos dirigir una obra política, o promover lo que se llama hoy un “frente” cualquiera de lucha social, “ideológica”, imperial y militar; o que la realeza de Cristo no es la de un rey de gracia y caridad, sino la de un jefe de guerra que impone su voluntad por la coerción.

Si a pesar de las explicaciones reiteradas y las claras prescripciones y las exhortaciones de los Papas, hubiera en alguna porción del mundo católico imprudentes que por su conducta prestarán una sombra apenas de verosimilitud a tales locuras,

los perjuicios serían inmensos para la Iglesia y la civilización. Por ello la Iglesia no se cansa de insistir sobre las distinciones que hemos recordado aquí.

“Si se ha dicho que la acción católica debe disponer para la acción política y preparar la solución de los problemas sociales, es en cuanto le corresponde formar, en el seno de sus comunidades temporales respectivas, a católicos verdaderamente e íntegramente instruidos en la doctrina común de la Iglesia, principalmente en materia social, y capaces de incorporar a la vida una inspiración auténticamente cristiana. Pero sería confundir lo espiritual con lo temporal el imaginar que la doctrina común de la Iglesia basta por sí sola para resolver los conflictos de la historia temporal y para aportar las soluciones temporales que los hombres hic et nunc necesitan. Bajo ese cielo doctrinal son indispensables una filosofía social y política y elaboraciones prácticas. Y ocurre lo mismo en el terreno de la acción.

“Debemos precavernos de no caer aquí en antiguos errores bajo formas nuevas. Si la Iglesia medieval ha formado y estructurado la Europa política, fue porque necesitó entonces hacer surgir todo del caos, hasta el orden temporal mismo: tarea suplementaria a la que no podía negarse, pero a la que no se resignó desde el comienzo sin legítima aprensión. Hoy el organismo temporal existe, y altamente diferenciado. No es a la Iglesia, sino a los cristianos, como miembros temporales de ese organismo temporal, a quienes corresponde de manera directa y próxima transformarlo y regenerarlo según el espíritu cristiano. En otros términos, al clero no le corresponde ocupar las manivelas de comando en la acción propiamente temporal y política. La tarea propia de la Acción Católica, como no se cansa de proclamarlo por medio de sus órganos autorizados, consiste en crear un estado de espíritu esencialmente cristiano, y solamente cuando la política toca al altar (y por una especie de adaptación moderna de la antigua potestas indirecta) le toca intervenir en el plano político. En el orden de las actividades estrictamente temporales, sociales y políticas, es normal que la iniciativa venga de abajo, es decir, de los laicos que obran por su cuenta y riesgo” (HI).

IV

En cierto sentido la acción católica, al tomar más explícitamente conciencia de sí misma, eliminará la acción política; es decir que, en la edad histórica en que entramos, se comprenderá cada vez mejor, paréceme, que una vez pasado

el umbral de las realidades puramente temporales y políticas, la acción de los cristianos, que en este plano es una acción puramente política, emana solamente, mientras la política no toca a las cosas santas, de su iniciativa de ciudadanos.

Esta misma iniciativa queda, sin duda, sometida a las reglas generales y especiales de que depende la moralidad de la conducta humana y sobre las que la Iglesia tiene el cargo de instruir a sus fieles; debe estar, sin duda, interiormente aclarada y vivificada por los principios de la fe y de la sabiduría cristiana. Pero las decisiones motoras, las iniciativas de que depende la acción – mientras la política no motive una intervención especial de la autoridad espiritual por atacar a los valores supremos de nuestra vida – son solamente las de la conciencia de los hombres que se consagran, por su cuenta y riesgo, al servicio de la ciudad, y que no reciben de otra esfera ninguna moción eficiente. Así, la acción política es libre en su dominio, y no instrumento de la Iglesia. Con mayor razón, ninguna organización particular, ni siquiera las que atañen a la acción “cívica” católica, está destinada a tutelarla.

No olvidemos que las tres especies de actividad que hemos reconocido al principio de este estudio no pueden suplirse entre sí. Las tres son necesarias, cada una en su plano. Por supuesto que *“sólo se imponen a cada persona individual según la condición de ésta. En el plano de lo temporal, especialmente, se concibe que para éste o aquél la actividad estrictamente política pueda reducirse a votar el día de las elecciones, conforme a la idea que se hace en conciencia sobre el bien temporal; se concibe que, para muchos, una actividad de orden puramente social, o cívico, o educativo pueda satisfacer a lo que de ellos se requiere en el orden temporal”* (HI). Queda establecido que el bien de la población colectivamente considerada exige la existencia en ella de actividades temporales, no solamente sociales, y cívicas, sino propiamente políticas; y que los cristianos están llamados como los otros a tales actividades.

En suma, la acción política tiene su función propia en su plano propio, y es necesaria como la misma vida política. De suyo es una *“cosa honesta y grave”* (León XIII, Cum multa). Tiene por fin específico el bien común de la ciudad terrestre. Pío XI ha dicho que, después de la acción católica, la tarea más noble es la de la acción política; por una educación y una formación interior de orden propiamente teológico y que interesa a la teología especulativa y a la teología moral y social, la acción católica comienza a preparar los espíritus para esa acción, que ella no podría suplir, ni dirigir, ni sugerir, y que no podría cumplirse en su

nombre. Lo que yo querría notar aquí, ante todo, es la diferencia esencial de ritmo y de modalidad que distingue, en razón de la diferencia de finalidades, a la acción política de la acción católica; la acción católica exige, en su plano, la unión de todos los católicos, la acción política implica al contrario, en su plano propio, una diversidad normal entre ellos; la acción católica pide, en su plano, desarrollarse en cuadros exclusivamente católicos; la acción política, en su plano propio, comporta normalmente, en una civilización religiosamente dividida, la colaboración entre católicos y no católicos.

Volvamos a nuestros tres planos de actividad. En el primero y el tercer plano (plano de lo puramente espiritual y de lo espiritual que se une con lo temporal) la unión debe ser evidentemente la palabra de orden. Es claro que sólo la unión de los católicos puede dar bastante fuerza para hacer eficaz la participación de los laicos en el apostolado jerárquico y para establecer también entre los católicos – entre los católicos de un mismo país y entre los católicos de todos los países – una red de obras culturales que sean como los anuelos de una cristiandad virtual. La unión es aquí una necesidad primordial y todos los católicos están llamados, de una manera próxima o lejana, a tomar parte en alguna medida en la acción católica, y especialmente – al menos en los países donde la cosa no se ha hecho imposible o muy difícil, a causa de un régimen político de tendencias totalitarias – a esa forma eminente de acción católica que es la acción social-cristiana.

Ocurre lo mismo en lo que atañe a la acción llamada “cívica” católica, que es una prolongación de la acción católica y que tiene por objeto la defensa de los valores propios de la ciudad de Dios comprometidos en lo temporal: la unión de los católicos es indispensable para hacer respetar eficazmente los intereses religiosos por la legislación civil, *“quedando entendido, que se trata aquí puramente de incidencias de lo espiritual en lo temporal, y de los intereses religiosos tal como están determinados hic et nunc por la Santa Sede y el Episcopado, no por el juicio particular de tal o cual personalidad o de tal o cual partido que usurpe la misión de hablar en nombre de la Iglesia y crea a veces entender sus intereses mejor que ella misma. No puede disimularse que, mientras la educación de las masas católicas no haya avanzado en este terreno, mientras no hayan aprendido a distinguir lo que pertenece a la religión de lo que pertenece a lo social-temporal, a los intereses, a los prejuicios y a las pasiones de orden sociológico, la unión de los católicos en el plano de la acción cívica, por necesaria que sea en sí misma, planteará problemas delicados”*. (HI)

Pero en el segundo plano, en el plano de lo temporal, en el plano de la acción política, la diversidad es la regla. *“Cuando el objetivo es la vida terrestre de los hombres, cuando atañe a intereses terrestres, a bienes terrestres, a tal o cual ideal de vida terrestre y a los caminos y medios de realización, es normal que se quiebre una unanimidad cuyo foco es de orden sobrenatural, y que cristianos que comulgan en la misma mesa se encuentren divididos en la ciudad. Sería contrario a la naturaleza de las cosas, y por ende muy peligroso, reclamar en este plano una unión de los católicos que sólo podría ser artificial y obtenida, o bien por una materialización política de las energías religiosas (lo que se ha visto demasiado a menudo en los “partidos católicos” tales como el centrum alemán), o bien por un debilitamiento de las energías sociales y políticas del cristiano, y una especie de fuga a los principios generales”.* (HI)

Además, en este segundo plano, en el plano de la acción política, todos los católicos, lo observábamos hace un momento, no son requeridos como tales. Todos, sin duda, están obligados, como los otros miembros de la comunidad política, a cumplir sus deberes de ciudadanos (lo que exige normalmente, sobre todo en los países de constitución democrática, el desarrollo en ellos, como en los otros ciudadanos, de una conciencia personal de las realidades políticas, en el orden propio de éstas) . Pero la acción política de que se trata aquí es algo mucho más amplio y más complejo que el simple cumplimiento del deber electoral y que precisa una cierta “especialización”; es una acción que tiende a hacer triunfar en la existencia un ideal político y las fuerzas históricas que lo representan, a transformar la sociedad, etc... Luego si es bueno, si es necesario que algunos se consagren a los estudios políticos y a la acción política así considerada, esto no concierne evidentemente sino a aquellos que se sienten llamados a tal tarea y se estiman competentes a su respecto, sin que ello cree a los otros ninguna obligación de seguir el mismo camino.

La diversidad de que he hablado, y que responde a una ley propia de la actividad política, es no obstante, hay que comprenderlo bien, una diversidad relativa: La existencia del “cielo doctrinal” común que considerábamos hace un momento, y el hecho de que todos los cristianos reciban, como tales, la vida de una misma Sangre Redentora y de un mismo espíritu, que es el Espíritu de Cristo, nos muestra que una unidad superior debe normalmente dominar en ellos toda diversidad, y manifestarse en el seno de la diversidad misma.

Cuando hay cristianos que odian a otros cristianos, cuando hay católicos que tienen para otros católicos esos ojos de desprecio y de odio con que se mira a los traidores, a los locos incurables y a los perros malditos, es porque han comenzado por herir a Cristo en sí mismos.

Por diferentes que sean sus pensamientos en materia temporal, si los católicos de las diversas formaciones históricas, sociales y políticas tuvieran todos el mismo respeto y el mismo conocimiento de la doctrina común de la Iglesia y de las Encíclicas pontificias, si en su conciencia se acreciera de modo semejante el sentido evangélico de la vida y el conocimiento práctico del espíritu a que pertenecen y de ese primado absoluto de la caridad enseñado por San Pablo, claro está que caerían muchos excesos malsanos y muchas cegueras; la diversidad subsistiría, pero estaría penetrada de unión.

Bien sé que los cristianos son hombres, y que las condiciones a que acabo de aludir se realizarán siempre imperfectamente en el mayor número. ¿Cómo soñar con una perfecta unión y comprensión dentro de la diversidad en materia política y social (en la que el instinto obra fuertemente, y que es por excelencia objeto de las pasiones más irracionales), cuando en materia teológica (que es por excelencia el plano de la razón superior y de una divina serenidad) los doctores en ciencia sagrada nos dispensan rara vez ejemplos de una tal unión?

Sin embargo, la desunión de que sufren hoy los católicos es un mal muy grande. Las consideraciones precedentes nos demuestran que no se la remediará con remedios exteriores. Aquí también es la fuente lo que hay que purificar. Y justamente, el reconocimiento de la ley de diversidad que nos ocupa en este momento, es lo que mejor permitirá esta purificación, si se acompaña de una conciencia más profunda de lo que constituye la vida esencial del cristiano. El caporalismo puede ser el ideal de ciertos Estados políticos, pero no ha reinado ni reinará nunca en la Iglesia; es una imposibilidad absoluta. Si el cristiano aspirara o consintiera en esta especie de unidad, traicionaría la trascendencia misma de la verdad a que se adhiere.

Cuando un hombre deja todo para convertirse a Jesucristo, y comprende que no le serviría de nada ganar el mundo si perdiera su alma, no es para entrar al servicio de ningún mundo, cualquiera que sea, ni de una utilización cualquiera

de la religión; es seguro que este hombre se plegará difícilmente a las consignas expedidas por partidarios, aunque invoquen las iras divinas con el celo que ordinariamente caracteriza a las personalidades sin mandato.

Si se reflexiona particularmente en las condiciones propias de las cosas temporales y de los problemas temporales, si se recuerda que ayudado por ciertos progresos técnicos, el cristianismo terminó con la esclavitud antigua, no a fuerza de decretos y reglamentos, sino por la virtud del fermento evangélico trabajando en el interior de las conciencias, se comprenderá que, en el orden temporal, muchos progresos que provienen en realidad del cristianismo, se cumplen menos por el efecto de reglas y disciplinas impuestas desde arriba a todos, que por una especie de crecimiento y madurez interna de la conciencia, que se produce con la espontaneidad de la vida, primero en algunos y más temprano o más tarde aquí o allá.

¿Qué resulta de todo esto sino que en los asuntos en que la Iglesia misma no se ha pronunciado y en que no se discute la doctrina común, la unión tan deseable y tan necesaria de los católicos es y debe ser ante todo una unión de caridad, de respeto mutuo y de común inspiración, en la diversidad de las posiciones que parecen verdaderas y justas a cada uno?

Tal unión no se produce por vía de desgarramiento y de excomunión; y puede y debe ser, aún con esto, más real e ir más lejos de lo que ordinariamente se cree. Preparada por la instrucción y la formación doctrinal que procura la acción católica, exige ante todo, para realizarse prácticamente, el conocimiento mutuo, el encuentro y el diálogo. Si los católicos se reunieran más frecuentemente para afirmar en común las exigencias de la conciencia cristiana, en ocasiones en que se pudiese estar seguro de que se excluye toda segunda intención de política; si, por otra parte, los centros de reunión se multiplicasen – hay ya muchos – donde sin abandonar ni disminuir nada de sus convicciones en materia temporal, social y política, ni de la exigencia y el rigor de esas convicciones, los católicos de ideas más opuestas en estos órdenes entraran en contacto, ya fuese para informarse mutuamente de sus ideas, y para confrontarlas, ya para emprender alguna acción común, en vista de alguna obra temporal que cumplir fuera de los partidos – ¿y qué obra más urgente en estos momentos que el mantenimiento de la paz civil? – poco a poco se realizaría desde dentro, en la diversidad misma y gracias a la diversidad justamente y cristianamente reconocida, un trabajo de unión auténtico y muy fructífero.

Consideremos ahora la segunda diferencia de ritmo y de modalidad señalada más arriba entre la acción católica y la acción política.

La acción católica, en virtud de su misma definición: participación de los laicos en el apostolado jerárquico, debe desarrollarse en cuadros exclusivamente católicos. El movimiento que aquí conviene, no en lo que concierne al apostolado mismo, esencialmente difusivo e irradiante, sino a la formación y constitución de las agrupaciones activas, es un movimiento de concentración de la comunidad católica sobre sí misma, gracias al cual se cumplirá, sin mezcla de errores, el aprendizaje consciente de las verdades propias del catolicismo.

Pero no es menos claro que la acción política, en virtud de su misma definición: actividad ordenada al bien temporal de la ciudad terrestre, apunta a un bien común y a una obra común que deben reunir en una misma vida y en una misma paz civil, en una convivencia tan armoniosa como sea posible de actividades temporales a todos los miembros de la ciudad temporal, que pertenecen de hecho a familias espirituales diferentes. Esta acción exige de suyo la colaboración en el plano temporal entre creyentes e incrédulos, y comporta una ley de movimiento distinta de la que rige la acción católica: ley de concentración sobre sí misma, no de la comunidad católica como tal, sino de la comunidad que forman los hombres animados por un mismo ideal social, temporal y político y que encaran de la misma manera la convivencia social-temporal, y que pueden pertenecer, como los miembros de la ciudad considerada en su conjunto, a familias espirituales diferentes.

Es bien sabido que, una vez asegurada la fidelidad a los principios superiores establecidos en esta materia por la enseñanza común de la Iglesia, los católicos tienen libertad de adherirse a concepciones políticas muy diversas, y que se puede ser tan buen católico siendo, como se dice, “católico de izquierda”, como siendo “católico de derecha”, o católico monárquico o católico republicano.

Es indudable, por lo mismo que lo político y lo económico dependen intrínsecamente de la ética y de la idea que se profese sobre el hombre y sus fines, que el ideal temporal y los medios de acción del cristiano diferirán de los del pagano. De aquí se sigue que el dinamismo de un partido o de una fraternidad política de inspiración cristiana, provendrá principalmente de cristianos y supondrá, normalmente iniciativas cristianas y una dirección cristiana. Pero lo que quiero

significar es que los no cristianos tendrán allí su sitio y podrán desempeñar un papel importante, y esto tanto más cuanto más justo y más comprensivo de las estructuras naturales de la civilización, como del bien común terrestre y de la convivencia natural que implica, sea el ideal temporal de ese partido o fraternidad.

“Si, por lo mismo que es una obra cristiana, la obra política y social de que se trata supone, por hipótesis, que quienes tienen su iniciativa sean cristianos, con plena concepción del fin perseguido, aquella llama sin embargo a la obra a todos los obreros de buena voluntad, a todos los que una captación más o menos parcial o deficiente – acaso extremadamente deficiente – de las verdades del Evangelio, permite entregarse prácticamente, y sin ser quizá los menos abnegados ni los menos generosos, a la obra común de que se trata. Aquí se aplica con toda su fuerza la expresión del Evangelio: el que no está contra vosotros, está con vosotros” (HI).

Si las distinciones que acabamos de expresar fueran bien comprendidas, se evitarían muchos malentendidos. No se les pediría a los católicos que constituyeran un solo bloque en el plano de la acción política; y las divisiones políticas no vendrían a anular y esterilizar los mejores esfuerzos en el plano de la acción católica. Los católicos aprenderían, gracias a su unión en la acción católica, como gracias a los centros de reunión de que hemos hablado, a estimarse, a comprenderse y a amarse los unos a los otros, cualquiera fuese el partido a que pertenecieran; y gracias al trabajo de la acción política y a las humildes realidades terrestres que ésta obliga a considerar, aprenderían a estimar, comprender y amar a los hombres de buena voluntad que no comparten su fe; y se ahorrarían así muchas quimeras que desaparecen apenas se las considera; pero que habitan inconscientemente la imaginación de muchos: cuando obramos, a menudo sin confesárnoslo a nosotros mismos, como si la ciudad política no pudiera ser servida útilmente sino por católicos, sólo queda, o bien suprimir a todos los otros, solución en la que probablemente nadie se atreve a pensar, por lo menos de este lado de los Pirineos, o en convertimos en víctimas de los aventureros de la prensa o de la política, a veces ni siquiera cristianos, que mantienen en provecho propio esas ilusiones.

Quisiera todavía señalar dos puntos: muchas veces he dicho y repetido en los últimos años mi convicción personal de que el mundo sufre cruelmente por la falta de formaciones políticas – quiero decir específicamente políticas, empeñadas, sobre el plano temporal, en una obra de renovación y transformación

social – que sean de inspiración vitalmente cristiana. Preparar el nacimiento de tales formaciones es, en mi opinión, un trabajo urgente.

Pero el segundo punto es el siguiente, más bien melancólico. Cuando se considera la falta de formación política y de inteligencia política en una gran parte de nuestros contemporáneos, uno se siente inclinado a pensar que, mientras no se desarrolle una comprensión más verdadera y mejor de las realidades políticas, es mejor, para muchos, no hacer política antes que hacerla mal. Vale más nada que el mal. En ese caso es mejor trabajar en una tarea, parcial sin duda, pero ciertamente buena y eficaz y de primera necesidad, como es la acción social-cristiana. En nuestros días, los partidos y los dictadores se emplean en movilizar preferentemente a la juventud, atiborrándola de ilusiones. El viejo Aristóteles opinaba que, en general, los jóvenes son más aptos para hacer metafísica, y que para la filosofía política y la acción política es necesaria la experiencia de la edad madura.

Practicada – no como un arte y una prudencia difíciles, que suponen un sentido profundo de las más humildes realidades humanas, de las fuerzas y los intereses históricos y del poder del tiempo, no menos que de la justicia, de las soberanas reglas morales y de las reservas espirituales del ser humano, que para conducir eficazmente hacia el bien común deben a menudo “elegir entre grandes inconvenientes” –, sino como un abandono a mitos y disciplinas de clan, en que sentimientos generosos y a veces heroicos sirven de compensación a la ignorancia de la realidad y a la falta de auto-dominio, la política es el opio de la juventud. Es una lástima ver esa dispersión, ese desperdicio de energías. Más difícil resulta, ciertamente, emprender las obras sociales a que invitan las encíclicas. Los que se dedican a esta tarea de acción social apostólica, aunque se alejen por un tiempo de la acción política, hacen un trabajo en profundidad, siempre necesario y primordialmente necesario, y siempre fecundo, y preparan, en los espíritus y en los hechos, las condiciones para el surgimiento de una acción política verdaderamente digna de este nombre.

Queda en pie, no obstante, que normalmente hay que hacer estas cosas y no omitir aquéllas. Sobre todo en una época de crisis como la nuestra, la acción social política es el complemento necesario de la acción social apostólica, y ésta, que depende de lo espiritual y de la acción católica, exige pasar a aquélla que depende de las iniciativas laicas y de los trabajos de la ciudad terrestre. Si tardan en aparecer partidos y fraternidades políticas de inspiración cristiana, por lo menos resulta siempre posible para cada uno una especie de

acción social política, menos orgánica y más dispersa, en todas las ocasiones y contactos, profesionales y demás, que la vida de cada día le procura.

La falta de actividades políticas propiamente dichas de inspiración cristiana sigue siendo, no obstante, un mal incalculable. Temo ser fastidioso al insistir sobre esto una vez más. Diré solamente que, a mi juicio, una política de inspiración cristiana procede en el alma humana de una actividad (de “sabiduría” práctica y de “prudencia”, destilando una carga considerable de “arte”) en sí misma natural, pero sobreelevada por su conexión con las virtudes infusas; persigue un ideal histórico concreto, cuya especificación es de orden político-social, no religioso, y que la inspiración cristiana anima y vivifica desde el interior.

Pedir al catolicismo que especifique un ideal político y nacional, y que reemplace, como principio de unión temporal y de actividad temporal a objetos, valores, ideas, fuerzas e instintos de orden temporal, sería contrario a la naturaleza de las cosas, precisamente porque el catolicismo es, por esencia, trascendente. Correría entonces el riesgo de no tener, en lo temporal, más que una decoración cristiana puesta al servicio de grupos de fuerzas y de intereses terrestres sin regulación política superior, o recubriendo una construcción artificial y una ingeniosidad de la inteligencia política, privada de raíces históricas y de dinamismo colectivo. Las influencias cristianas están llamadas, más hoy que en el tiempo pasado, a obrar sobre las realidades políticas por modo de vivificación y animación internas, haciendo germinar formas orgánicas; y así es como surgirá un día, quizá, una nueva cristiandad.

Finalmente, en cuanto a los medios de una política cristiana, diremos, resumiendo aquí lo que hemos explicado detenidamente en ‘Humanismo Integral’, 1° que esos medios deben ser siempre justos, lo que no excluye la fuerza, sino que la subordina; 2° que un hipermoralismo que exigiera de esos medios, no sólo que fuesen buenos por sí mismos, sino que fuesen farisaicamente puros, sin contacto con las impurezas de la historia humana que les impondría desde fuera una mancha, es tan contrario a la verdadera ética política como el cinismo maquiavélico; 3° que el poder, en apariencia irresistible, de los medios de violencia, de mentira y de infamia, empleados hoy por hombres que han descubierto que el rechazo absoluto de toda regla moral abre el acceso a una especie de omnipotencia y de paraíso de la fuerza, obliga a los cristianos a poner más que nunca la atención en el problema de la jerarquía de los medios.

Si es verdad que la religión es, como dice León XIII, *“el más alto de los bienes comunes, al que los demás deben referirse”* y que lo principal en la ley nueva, *“y que constituye toda su virtud”*, es, como dice Santo Tomás de Aquino, *“la gracia del Espíritu Santo, dada a aquellos que creen en Cristo”*, se sigue que el mayor mal con respecto al bien común temporal, sería para los cristianos renunciar a llevar a la vida de la ciudad el testimonio y la influencia de la verdad evangélica, de las virtudes cristianas y de la gracia del Espíritu Santo.

Los medios de agresividad y de coacción son los únicos conocidos por los hombres de sangre. El cristiano conoce todo un mundo de otros medios, entre los cuales debe darse importancia particular a los que hemos llamado los medios de edificación orgánica y los medios espirituales de guerra: los medios de paciencia y de sufrimiento voluntario que son, por excelencia, los medios del amor y de la verdad.

Solamente poniendo en práctica todos estos otros medios, *“puede ser compensada y convertida en victoria la inferioridad que, en el orden de los medios carnales de guerra, sobreviene para el cristiano, por el hecho de que se obliga a regirlos mediante la justicia y de que ofenden en él los instintos del espíritu. El estado de un mundo en que todas las violencias están desencadenadas reduciría inmediatamente a la impotencia o a la abdicación de sí mismos a los cristianos que, queriendo actuar en el plano temporal, no pusieran, en este plano mismo, la locura del amor a la cabeza de sus medios de acción”* (HI)

